

LAS RELACIONES EXTERIORES
DE LA ESPAÑA
POSTFRANQUISTA
JESUS CAMBRE MARIÑO

JESUS CAMBRE MARIÑO, natural de Galiza, es Catedrático Auxiliar de historia en la Universidad de Puerto Rico desde 1969. Es autor de varios libros: *Estructura y problemas de la enseñanza en España* (Barcelona, 1971); *Nuevo poder del capitalismo* (Madrid, 1972); *Galiza de lixe* (Buenos Aires, 1973); *A agonía do fascismo espanhol* (Lisboa, 1977); *Educación y colonialismo* (Caracas, 1978).

A pesar de que el dictador Francisco Franco Bahamonde falleció un ya lejano 20 de noviembre de 1975, abriéndose tras su muerte el proceso de transición política hacia un sistema democrático en España, no se puede negar que el franquismo dejó hipotecada en gran parte la política exterior española. Hechos consumados y dependencias establecidas durante el régimen franquista seguirían condicionando a la España de la transición como lo ponen de relieve las "especiales" relaciones hispano-norteamericanas anudadas por la dictadura. A esto hay que añadir el progresivo engarzamiento del Estado Español en la red política y en los dispositivos geoestratégicos del bloque otanista realizado por los herederos inmediatos del franquismo.

Escribía en 1978 Fernando Morán, actual ministro de Asuntos Exteriores de España, que todavía operaban "factores y doctrinas internacionales creados en la época franquista". Factores que fueron deformados "por la necesidad de subordinar cualquier objetivo exterior al fundamental durante toda la época: apoyar y defender la subsistencia del Régimen y la permanencia en el poder del general Franco".¹

Ese objetivo esencial de la política exterior española durante cerca de cuarenta años, que fue el mantenimiento y consolidación del régimen franquista, se vio reforzado por el acercamiento de los Estados Unidos que desembocaría en los acuerdos hispano-norteamericanos firmados el 26 de septiembre de 1953. Los firmantes fueron James

¹ En el prólogo a la obra de José Mario Armero, *La política exterior de Franco*. Barcelona, Editorial Planeta, 1978, p. 13.

Clement Dunn, embajador norteamericano en Madrid, por parte de los Estados Unidos y Alberto Martín Artajo, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores de Franco, por parte española. Los objetivos proclamados eran rimbombantes y solemnes. Se declaraba en el preámbulo que los acuerdos se firmaban "con el fin de reforzar la preparación de Occidente, para el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional".² Ya en la parte dispositiva de los acuerdos se establecía: "Los Estados Unidos quedan autorizados para construir y utilizar, conjuntamente con las fuerzas españolas, determinados aeródromos y bases navales de España. Las instalaciones militares utilizadas permanecerían, en todo caso, bajo la soberanía y mando español".³

A partir de aquella fecha la política exterior y de defensa española se fue supeditando a los intereses hegemónicos de los Estados Unidos durante las dos últimas décadas del franquismo y la primera del postfranquismo. Desde la construcción y utilización de bases militares en territorio español con el estacionamiento de tropas y todo tipo de armas y material bélico, hasta la adquisición onerosa de armamento norteamericano para las fuerzas armadas españolas, y la participación en sucesivas maniobras militares conjuntas en tierras peninsulares como las realizadas en los primeros días de noviembre de 1983 en Andalucía. Todo ese proceso de creciente dependencia llegaría a su culminación en el período de la transición postfranquista con el ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

Decía un analista norteamericano a comienzos de la década de 1970 que a lo largo de veinte años los Estados Unidos, "en su papel de gendarme mundial contra la agresión soviética había tendido a considerar a España como un importante, aunque ocasionalmente difícil, peón en el tablero de la estrategia global".⁴ Por su parte, España había hecho de las relaciones bilaterales con los Estados Unidos la clave de su política exterior, su válvula de escape al aislamiento político-económico y la palanca para su reintroducción en la familia de naciones. Ha pasado más de una década y se ha producido en España una transición política de la dictadura a un régimen democrático, pero los

² Servicio Informativo Español, *Alianza Dinámica*. Madrid, SIE, 1964, p. 12.

³ *Ibid.*, p. 13.

⁴ Benjamin Welles, "Spain and the United States", en: *Spain in the 1970's*, editado por William T. Salisbury y James D. Theberge. Nueva York, Praeger Publishers, 1976, pp. 136-151. (Trabajos presentados en una Conferencia sobre España celebrada en Washington en junio de 1973)

gobernantes españoles siguen atrapados en los mismos esquemas elaborados por el franquismo en lo que respecta los puntos fundamentales de la política exterior.

Señalaba Welles en 1973 la excesiva identificación de los Estados Unidos con el régimen de Franco y la preocupación de ciertos sectores con una política norteamericana que databa de la Guerra Fría y se concentraba únicamente en el uso inmediato de bases militares con exclusión de todo lo demás. "Los Estados Unidos sólo deseaban la utilización de la posición geográfica española para controlar el acceso occidental al Mediterráneo y como un área de retirada en la eventualidad de una penetración soviética en Europa Occidental."⁵ Indudablemente la España de los años ochenta no es la España de Franco, pero cabría ponderar si han variado correspondientemente la visión y los objetivos políticos y geoestratégicos de los Estados Unidos respecto a la Península Ibérica. Parece que en la consideración de los estrategias políticos norteamericanos la situación de España *vis a vis* con los objetivos globales de los Estados Unidos ha cambiado muy poco.

Esos objetivos de la estrategia norteamericana determinaron que entre 1953 y 1958, en el período álgido de la dictadura franquista, los Estados Unidos invirtieran unos *cuatrocientos millones* de dólares en España para construir importantes bases del *Strategic Air Command* (SAC) en Torrejón de Ardoz, cerca de Madrid, en Zaragoza y en Morón de la Frontera (Sevilla). También fue construido un oleoducto de 800 kilómetros de extensión desde Rota, en el litoral gaditano, hasta la base aérea de Zaragoza. Además, numerosos puestos de radar y vigilancia aérea fueron surgiendo a lo largo y ancho de toda España.

Por último, los norteamericanos construyeron una enorme base naval de sumergibles especialmente destinada a los nuevos submarinos nucleares de la Marina de los Estados Unidos. Esta base fue localizada en Rota, Cádiz, en la costa atlántica cercana al Estrecho de Gibraltar y estratégicamente situada para controlar la entrada al Mediterráneo.

* * * * *

Todo el proceso anteriormente descrito fue elaborado a lo largo de los últimos veinte años de la dictadura franquista y significó, en la

⁵ *Ibid.*, pp. 37, 140.

práctica, la integración de la Península Ibérica en los dispositivos estratégicos del Pentágono. Para incardinar más plenamente a la sociedad española en la planificación geoestratégica global de los Estados Unidos, había que esperar a la desaparición del general Franco. Al producirse la muerte del dictador, se acelerarían los planes tendentes a la integración de España en la Alianza Atlántica.

Esa estrategia pronto se vería coronada por el éxito al contar los aliancistas con la sumisa colaboración de los gobernantes postfranquistas. Y tras el breve paso por el poder del presidente centrista Leopoldo Calvo Sotelo, España ya es miembro de la OTAN. A pesar de la clara oposición de la mayoría del pueblo español, reiteradamente manifestada, y de la postura contraria de las fuerzas políticas de izquierda, el hecho se ha consumado. Desde el 30 de mayo de 1982 el bloque militar capitalista dirigido por los Estados Unidos cuenta con un nuevo participante que se ha sumado a los quince previamente existentes. De manera un tanto apresurada y hasta vergonzante, el gobierno español aprovechó la inactividad diplomática de un fin de semana para depositar en aquella fecha en la capital norteamericana los instrumentos de ratificación del Tratado de Washington, con lo cual España quedaba oficialmente integrada a la OTAN. Como es sabido, el Tratado de Washington se firmó originalmente por doce países en 1949 para dar nacimiento a la denominada Alianza Atlántica en una coyuntura de gran tensión internacional, cuando cobraba gran virulencia la "Guerra Fría" y se consolidaba la política de bloques. Con posterioridad el número de miembros ha aumentado hasta alcanzar los diez y seis con el ingreso español.

Es bueno recordar que a pesar de las rimbombantes proclamaciones insertas en el texto del Tratado de Washington sobre la defensa de la libertad, la justicia y la democracia, la OTAN no es otra cosa que una organización político-militar integrada por un conjunto de países capitalistas de variado nivel de desarrollo. Pero esa organización político-militar capitalista está coordinada, controlada y dirigida por los Estados Unidos. Su fin último, supremo, es la defensa y salvaguardia de los intereses globales norteamericanos.

Fueron precisamente las presiones de los Estados Unidos, ejercidas de manera creciente tras la muerte del dictador Francisco Franco y aprovechando las dificultades de la transición política española, las que determinaron la integración de España a la Alianza. El interés norteamericano por enganchar a España en el carro de la OTAN se explica no sólo por el valor estratégico de la Península Ibérica y el atractivo de

sumar un nuevo miembro al bloque "Atlantista", lo que tal vez implica inclinar a su favor el equilibrio de la balanza estratégica, es decir, desequilibrarla. En la "baza" española ha pesado también, sin lugar a dudas, el deseo norteamericano de contrapesar las "veleidades" francesas en el seno de la Alianza Atlántica. Como es por todos conocido, Francia se retiró de la estructura operativa militar de la OTAN (aunque continúa participando de su organización política) desde los tiempos del general Charles de Gaulle, quien prácticamente expulsó de París los cuarteles de la Alianza Atlántica. Este hecho precisamente, explica las reticencias del gobierno francés ante el ingreso de España en la OTAN.

Hay que empezar señalando que el análisis de la adhesión de España a la OTAN muestra a las claras el escaso calibre de estadistas y la falta de visión política que poseían los gobernantes postfranquistas. La mediocridad y la carencia de imaginación fueron los atributos más notables de los herederos del franquismo. Pero esas características negativas, que se aprecian claramente en la política interior (persistencia de profundas desigualdades sociales, continuidad de prácticas represivas, cortapisas a la libertad de expresión, autonomías y descentralización fraudulentas), resaltan sobremanera en el plano internacional. Es en la política exterior de la España postfranquista donde se pone de relieve la exigua talla de estadistas que alcanzan los gobernantes que ha tenido hasta ahora la monarquía reinstaurada. Todo esto les hizo incurrir en una maraña de contradicciones lamentables desde el punto de vista de los intereses fundamentales del pueblo español.

Supuestamente, los políticos postfranquistas de la Unión de Centro Democrático trataron de utilizar la adhesión de España a la OTAN como un trampolín para alcanzar otros objetivos políticos en el plano internacional. Estos objetivos tienen nombre específico y principalmente se pueden concretar en dos: *recuperación de Gibraltar e ingreso de España en la Comunidad Económica Europea (CEE)*. Se puede deducir que los norteamericanos jugaron hábilmente con los deseos de los políticos postfranquistas haciéndoles concebir falsas ilusiones sobre la pronta consecuencia de aquellos objetivos mediante el apoyo diplomático de los Estados Unidos, si se producía el ingreso de España a la Alianza Atlántica. Con lo cual Gibraltar y el Mercado Común cumplían la función de utilísimas carnadas en la estrategia norteamericana de buscar el fortalecimiento del bloque imperialista. Los hechos han demostrado que los gobernantes postfranquistas mordieron el

cebo tendido por la diplomacia norteamericana, al parecer con gran voracidad.

Recordemos aquí que el 15 de junio de 1980, Marcelino Oreja Aguirre, entonces ministro de Asuntos Exteriores, afirmó que España solicitaría el ingreso a la OTAN en 1981. En declaraciones concedidas al diario madrileño *El País*, el ministro dijo que "podemos adherirnos a la Alianza Atlántica en un plazo corto. Desde luego antes de las elecciones del 1983."⁶ Oreja Aguirre relacionó explícitamente la entrada de España en la OTAN con la devolución de Gibraltar por Inglaterra y la admisión de España a la Comunidad Económica Europea en los plazos previstos.

Por otra parte, el presidente de uno de los gobiernos postfranquistas, el también ucedista Leopoldo Calvo Sotelo, insistió un año más tarde en el mismo tema a través de unas declaraciones que hizo al periódico norteamericano *The New York Times*. Dijo Calvo Sotelo que esperaba llevar a España a la OTAN antes de que terminase el año 1981 y que consideraba la creciente conexión de España con Europa Occidental y la relación con los Estados Unidos como la pieza maestra de su política gubernamental. El jefe del gobierno español contaba con los Estados Unidos para garantizar "una cálida y rápida" bienvenida a la OTAN, una vez que España hiciese la solicitud formal. Dijo también que agradecería la ayuda norteamericana para acelerar las negociaciones de ingreso de España a la CEE y adelantar las conversaciones sobre Gibraltar.⁷

Ahora bien, nada más franquear las puertas de la OTAN empezaron a ponerse de manifiesto las contradicciones de la política exterior de los postfranquistas, lo que les ha acarreado un cúmulo de amargas desilusiones. En primer término el ingreso de España en el redil imperialista coincidió con el punto álgido del conflicto de las Malvinas. Mientras todos los miembros de la OTAN y los países integrantes del Mercado Común Europeo se ponían al lado de Inglaterra, el presidente del gobierno español expresaba confusa y patéticamente su simpatía por la Argentina bajo la observación furibunda de la primer ministro inglesa Margaret Thatcher.

El patetismo y las contradicciones de la política española en su vertiente exterior no tiene límites. Ocurre que España sostiene un diferendo colonial con Inglaterra a causa del Peñón de Gibraltar del

⁶ *El País*, (15 de junio de 1980), pp. 18-19.

⁷ *The New York Times*, (14 de abril de 1981), p. A8.

cual se apoderaron los ingleses en 1704. Ahora resulta que mientras España lleva muchos años reclamando la devolución de la "Roca", incluso con la presión del cierre de la frontera, el gobierno de los postfranquistas de UCD se ubicaba en el mismo barco que los colonialistas ingleses en una alianza político-militar imperialista. Así se da el caso insólito e incomprensible de que España se convierte en aliado de una potencia que mantiene una colonia en suelo español. Y lo que es más vergonzoso e indignante: la colonia inglesa de Gibraltar viene siendo utilizada como una base militar y como un punto estratégico clave de los efectivos de la OTAN. Esas contradicciones de los mediocres gobernantes postfranquistas no pueden saldarse más que con la desilusión y el fracaso.

A pesar de las cándidas esperanzas depositadas en el ingreso en la OTAN, especie de panacea concebida por los gobernantes postfranquistas para resolver todos los problemas de política exterior, la jefa del gobierno inglés ha reafirmado, tras la reconquista de las Malvinas, la soberanía británica sobre Gibraltar. Pero no sólo eso, pues la "Dama de Hierro" ha declarado además ante la Cámara de los Comunes del Parlamento del Reino Unido que España, si pretende entrar en la Comunidad Europea, debería empezar por franquear la frontera con Gibraltar ya que es inconcebible que dos miembros de una misma comunidad económica mantengan sus fronteras cerradas.

Por si todo esto fuera poco, el presidente francés Francois Mitterrand ha ordenado echar el cerrojo en un futuro inmediato, al ingreso de España a la Comunidad Económica Europea. Mitterrand cambiaría posteriormente de postura. Al cesar Francia en la presidencia semestral de la Comunidad a fines de julio de 1984, el presidente francés decidió relanzar de nuevo el proyecto de Tratado para la Unidad Europea en la "cumbre" comunitaria de Fontainebleau. Con esa iniciativa francesa se desbloqueaban las negociaciones hispano-comunitarias y se abrían las puertas para la ampliación de la C.E.E. con el ingreso de España en ella. Con lo cual se demuestra que las muletas norteamericanas, en las que los políticos postfranquistas de UCD habían cifrado todas sus esperanzas para la solución de su agenda internacional, no eran efectivas en este caso. Cruel jarro de agua fría para unos políticos ilusos y carentes de visión los cuales sólo han mostrado capacidad para aferrarse, durante la transición al poder que ya habían usufructuado bajo la dictadura. Mientras tanto, España sigue sin resolver sus graves problemas internos y de política exterior pero ha entrado en el redil de la OTAN. Ahora los españoles tendrán

que afrontar los acrecentados riesgos que se derivan de su inserción en la política de bloques y hacer frente a los cuantiosos gastos militares que implica la pertenencia a la Alianza Atlántica.

Para empezar, un mes después del ingreso de España a la OTAN, se anunciaba a principios del julio de 1982 el llamado "contrato del siglo" para la Fuerza Aérea Española. En aquella fecha, la Comisión Asesora de Armamento y Material del Ministerio de Defensa emitió su informe sobre el proyecto FACA (futuro avión de combate y ataque) que favorecía la adquisición de 84 birreactores F-18 A, producidos por la empresa norteamericana de armamentos McDonnell Douglas, la que iniciaría sus entregas a partir de 1986. La compra de esos 84 aviones, que también podría ser considerada como el "negocio del siglo" visto críticamente el asunto desde el lado español, importaba la cifra de trescientos veinte mil millones de pesetas, es decir unos *tres mil millones de dólares* al cambio prevaleciente cuando se anunció la decisión. El fabuloso contrato alcanzaría el 15 por ciento del total de los 2.3 billones de pesetas de las inversiones previstas en la Ley de Dotaciones Presupuestarias para las Fuerzas Armadas a desarrollarse durante los próximos ocho años, en una España en que el aparato militar sigue engulléndose una parte substancial de los recursos de la nación. Todo esto en un país que no tiene necesidad de defender posiciones o intereses imperialistas ni tampoco debería hacer alardes belicistas.

Mientras tanto, los cuantiosos gastos militares que entrañan los proyectos como FACA son duramente criticados por las fuerzas políticas y sindicales de izquierda. El excesivo costo del proyecto y la ausencia de un riguroso control parlamentario fueron atacados por la oposición. Particularmente el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) consideraba el FACA como una pesada tara ante la perspectiva de acceder al poder un gobierno socialista.⁸

No se puede desconocer que el F-18, no sólo es el avión de la OTAN sino que es el avión de los Estados Unidos. El aparato ya ha sido adquirido por la Armada y el Cuerpo de Infantería de Marina Norteamericanos. Pero además los dos aliados más estrechos de los Estados Unidos, Canadá y Australia, han sido prácticamente persuadidos de

⁸ *Cambio* 16, núm. 556 (26 de julio 1982), pp. 26-27. Con posterioridad la prensa norteamericana divulgó un informe confidencial en el que se concluye que el F-18 A "no es adecuado operacionalmente". Por otra parte, la Armada de los Estados Unidos reconoce "algunos problemas técnicos" en el aparato. *El País* (12 de noviembre de 1982), p. 21.

acceder a su adquisición. Otros aliados europeos más independientes aunque miembros de la OTAN (Alemania Federal, Inglaterra, Italia, Francia) han preferido aviones menos costosos de fabricación europea. España se ha visto obligada a optar por la solución norteamericana, lo cual da la verdadera medida de su relación supeditada y dependiente de los intereses de los Estados Unidos.

Todo esto lo ha puesto aún más de relieve la propia prensa norteamericana al informar sobre supuestas malas prácticas y posibles sobornos incurridos en la negociación de la venta a España de los 84 F-18 Hornets del Proyecto FACA. El periódico *The New York Times* hizo la revelación de que un almirante norteamericano había cuestionado la legalidad de la comisión de cuatro millones de dólares que la compañía McDonnell Douglas pensaba pagar a un consultor español por éste ayudar a vender los aviones F-18 al gobierno de su país. El vice-almirante E. Seymour, jefe del mando de sistemas aeronavales de los Estados Unidos, denunció en una carta del 5 de febrero de 1982 los términos del acuerdo entre la McDonnell y su agente en España, Compañía Aeronáutica Española (CAESA), porque parecían exceder los límites de los reglamentos gubernamentales. Según ese acuerdo se establecía un plan de pagos de cuatro millones de dólares de comisiones en plazos anuales de trescientos cincuenta mil dólares cuando los reglamentos del gobierno de los Estados Unidos prohíben los pagos de más de cincuenta mil dólares de comisión.⁹

Cabe añadir que *The New York Times* menciona la cifra de tres mil cien millones de dólares como el costo total de los 84 F-18 del proyecto FACA, lo cual arrojaría un precio medio unitario de treinta y seis millones novecientos mil dólares. Sin embargo, una información aparecida posteriormente en el periódico *The Wall Street Journal* informa que la Marina norteamericana regateó con la McDonnell Douglas el costo del F-18 y la compañía acordó venderle 63 aparatos a un precio de 22.5 millones de dólares por unidad. Aún así, la compañía armamentista todavía esperaba obtener un beneficio "razonable".¹⁰ Habría que ponderar la cuantía del beneficio que obtendrá en el contrato negociado con España.

Es sabido como, en su afán de prevalecer sobre sus contrarios, las superpotencias libran una especie de "guerra sucia" que utiliza privile-

⁹ *The New York Times*, (17 agosto 1982), D 1, 5.

¹⁰ *The Wall Street Journal*, (5 de octubre 1982), pp. 1, 4.

giadamente los métodos del confucionismo y la desinformación. Muchas veces, la prensa considerada liberal e independiente participa, voluntaria o incoscientemente, en esta tarea por medio de las "filtraciones" de supuestas fuentes confiables que no se nombran, pero que en realidad son de muy dudosa confiabilidad. En lo que toca a la inserción de España en la Alianza Atlántica, también el prestigioso *The New York Times* participó en ese juego. A través de su corresponsal fijo destacado en Madrid, el mencionado periódico norteamericano publicó en el momento oportuno una información sensacionalista destinada a acelerar la entrada de España en el bloque otánico. Según esa rocambolesca información, el canciller soviético Andrei A. Gromyko, en el curso de su visita a Madrid en noviembre de 1979, hizo una oferta extraordinaria a Marcelino Oreja, entonces ministro de Asuntos Exteriores del gobierno español: "Si España abandonaba sus planes de ingresar a la OTAN, la Unión Soviética estaría dispuesta a ayudar a España a combatir su más apremiante problema interno, es decir, el terrorismo". Pero, proseguía *The New York Times*, según "funcionarios españoles", que no se nombran, Gromyko también sugirió que una decisión de seguir adelante con el ingreso en la OTAN haría a la joven democracia española más vulnerable a las acciones terroristas.¹¹

Nada importa que el propio Marcelino Oreja desmintiese prontamente en la prensa española las afirmaciones del corresponsal del periódico norteamericano. "En ningún momento, declaró Oreja, de manera tajante, tuvo lugar el planteamiento que se menciona".¹² La incardinación de España al bloque político-militar imperialista siguió el curso que se había diseñado en Washington. Con lo que podemos concluir que la sensacionalista información de *The New York Times* cumplió su cometido de contribuir a apresurar el proceso. Como el mismo periódico se encargó de puntualizar, "si España se convertía en el décimosexto miembro de la Alianza, la OTAN se fortalecería significativamente en términos militares" y eso, precisamente, era lo que de verdad contaba en la óptica de la superpotencia imperialista. Por otra parte, decía el corresponsal del *Times*, "el abortado golpe militar (el 23 de febrero de 1981) demostró cuan frágiles son las nuevas instituciones españolas". En otras palabras, la inestabilidad generada en el período

¹¹ James M. Markham, "Spain's Terror: Onus to Soviet", *The New York Times* (11 mayo 1981), p. A 7.

¹² *ABC Internacional*, núm. 1638 (20-26 mayo 1981), p. 18.

de transición era propicia para el enganche español al carro imperialista. Fue así como el señor Calvo Sotelo, en medio de una profunda crisis de su partido centrista y comprobado ya el fracaso de su gestión gubernamental, decidió apresurar el ingreso de España en la OTAN. Con lo cual, visto el problema retrospectivamente y teniendo en cuenta sus consecuencias, se pueden entrever las verdaderas concomitancias de las sucesivas intenciones golpistas en la España postfranquista.

El apresuramiento del ingreso de España en la OTAN se mostró incluso llamativamente en la manera un tanto insólita en que se llevó a cabo la presentación de los instrumentos de adhesión en la capital norteamericana. El desacostumbrado procedimiento fue reseñado, con ciertas dosis de ironía por la prensa internacional. Parece que el gobierno español sorprendió a sus propios diplomáticos, lo mismo que a los funcionarios norteamericanos, cuando ordenó a su representación en Washington presentar la adhesión de España a la Alianza Atlántica en la mañana del domingo 30 de mayo de 1982. Según la publicación londinense *The Economist*, la principal razón para esa agitación dominical era que el presidente Calvo Sotelo "estaba profundamente interesado en la OTAN ya que consideraba el ingreso a ella como su mayor logro político". *The Economist* recalca que la inmediata contribución de España a la OTAN será el espacio terrestre y marítimo que podría ser incorporado al instante en los planes de contingencia y usado para maniobras. Por otra parte, en las consideraciones estratégicas de la OTAN también contaban los recursos humanos del nuevo miembro. Como recordaba la publicación británica, "los españoles fueron una vez famosos por sus cualidades militares, notables por su disciplina y tolerancia de las dificultades. Podrían serlo de nuevo".¹³ En otras palabras, los estrategas de la OTAN pueden contar en España, si fuese necesario, con abundante "carne de cañón" de especial calidad.

Sin embargo, la incorporación de España no dejaba de crear problemas en el seno de la Alianza Atlántica. Por una parte, los gobernantes españoles insistían en que España no aceptaría armas nucleares en su territorio ni permitirían que sus bases fuesen usadas en operaciones contra América Latina o los Estados amigos del Cercano Oriente. En el colmo de las contradicciones, al mismo tiempo que la base inglesa y de la OTAN, ubicada en Gibraltar colaboraba, efectivamente, en la preparación del asalto británico contra las Malvinas, el ministro español de

¹³ "Ask not only what Spain can do for Nato...", *The Economist*, (5 junio 1982), pp. 47-48.

Asuntos Exteriores José Pedro Pérez Llorca, exclamaba patéticamente: "Dentro de la OTAN, España podrá servir de puente entre Europa e Iberoamérica".¹⁴ Parece oportuno puntualizar que los puentes sólo sirven para pasar sobre ellos. Pero, al margen de la expresión escasamente feliz del canciller centroderechista, resalta la pobreza de miras de la política exterior realizada por los herederos del franquismo.

Ya que la vocación de esos gobernantes es "servir de puente", eso podría llevar a España a situaciones insospechadas si tenemos en cuenta el extenso campo de las posibilidades y la enorme fluidez de la escena internacional. Sólo faltaría ahora que en un hipotético futuro conflicto en Hispanoamérica, por ejemplo en la región esequiba reclamada por Venezuela, algún miembro de la OTAN se viese tentado a intervenir, por ejemplo también, la sempiterna Gran Bretaña. Podría ser que entonces no sólo Gibraltar fuese utilizado, sino que Inglaterra, invocando la solidaridad aliancista, pretendiese la utilización de las Canarias que están mucho mejor situadas para dicho fin.

Por otra parte, los gobernantes ucedistas se mostraban interesados en crear un nuevo mando aliado dentro de la estructura geoestratégica de la OTAN, confiado a las fuerzas armadas españolas, que comprendiese todo el territorio nacional incluidos los archipiélagos de Baleares y Canarias. Pero esta pretensión no contaba con el asentimiento de la Alianza Atlántica porque exigiría introducir cambios importantes en los esquemas organizativos actuales. Hay que señalar al respecto que Portugal reclama desde hace tiempo el control directo de las Azores. Pero, en la estructura operativa de la OTAN, ese archipiélago portugués de tanta importancia estratégica, depende del mando militar situado en Norfolk, Virginia, bajo el control directo de los Estados Unidos.

Los expertos norteamericanos no comparten, al parecer, las aspiraciones de los gobernantes postfranquistas y prefieren la división del territorio español entre los mandos ya existentes. Es decir, las Canarias, al igual que las Azores, dependerán del SACLANT ubicado en los Estados Unidos (Norfolk, Virginia) y el resto de España del SACEUR que está bajo la dirección del mando supremo aliado en Europa situado en la localidad de Mons, Bélgica. A escala peninsular, también la entrada de España en la OTAN entrañaba problemas de acomodación

¹⁴ *El País*, (1 junio 1982), p. 16.

en el dispositivo de mandos estratégicos de la Alianza. El gobierno español trataba de presionar para que la OTAN transfiriese el mando IBERLANT de su actual emplazamiento en Lisboa a una base española.¹⁵ Esto no dejaba de irritar a los portugueses, como se desprende de las declaraciones de un militar de alta graduación, en reacción a la entrada de España a la OTAN: "Sin disparar un tiro, España va a conseguir ahora lo que no consiguió en quinientos años de luchas: la tutela militar sobre nuestro país, primer paso hacia la pérdida de nuestra soberanía".¹⁶ Respondiendo a esas preocupaciones, el Secretario General de la OTAN, Joseph Luns, multiplicó las declaraciones de apoyo a la tesis lusa, tanto en materia de conservación de mandos militares distintos para las fuerzas armadas portuguesas y españolas, como en lo relativo al apoyo reforzado de la OTAN y de "los más ricos de sus miembros" a la modernización del ejército portugués.

En otro ángulo del mismo problema se sitúa la cuestión colonial de Gibraltar cuya devolución reclama España desde hace mucho tiempo. Pero en el esquema estratégico de la OTAN se acepta la soberanía británica sobre la "Roca" que además funciona como una importante base de la Alianza. De hecho, en Gibraltar tiene su emplazamiento el denominado mando GIBMED de la OTAN, al que se le encomienda la vigilancia y control de la Zona del Estrecho y el Mediterráneo Occidental. Ese mando, claro está, se encuentra en manos británicas sin que España tenga participación alguna. Se puede inferir de todo esto que la entrada de España en la OTAN implica el "descuartizamiento" militar del territorio español que se divide en varias zonas, todas ellas dependientes de centros de mando ubicados en el extranjero y bajo la suprema dirección y coordinación de los estrategas del Pentágono. En cuanto a las implicaciones que esa situación tiene en materia de soberanía, es algo sobre lo que cada cual puede hacer su propia interpretación.

Por último habría que mencionar el problema de las ciudades y enclaves españoles de Ceuta y Melilla que el gobierno centroderechista de UCD pretendía incluir en el esquema defensivo de la OTAN. En esto se ha encontrado con una tajante negativa: Ceuta y Melilla no están protegidas por la Alianza Atlántica en ningún caso. Fuentes de la OTAN recuerdan al respecto que el Tratado de Washington "requiere

¹⁵ *The Economist*, 5 de junio 1982.

¹⁶ *El País*, (1 junio 1982), pp. 15-16.

necesario señalar con toda claridad que los acuerdos firmados inicialmente por los norteamericanos con la dictadura franquista sirvieron para apuntalar en España durante muchos años el régimen fascista. Dichos acuerdos fueron también el cauce para encaminar a España un conjunto de chatarra bélica de desecho en los Estados Unidos como "pago" por la utilización del territorio español en los esquemas estratégicos del imperialismo norteamericano.

Por todas esas razones el PSOE planteó el 1 de septiembre de 1982 que exigiría la renegociación para introducir cambios en el convenio defensivo firmado entre España y los Estados Unidos pero no aprobado todavía por el Parlamento español. Portavoces del partido manifestaron que el convenio fue firmado dentro del contexto de la participación española en la OTAN, que los socialistas rechazan. A juicio de los dirigentes del PSOE, el acuerdo no ofrecía las suficientes garantías contra el transporte de armas nucleares y el control del uso por los Estados Unidos de puertos españoles.¹⁹

Mientras tanto el presidente del gobierno centroderechista, Leopoldo Calvo Sotelo, quien se aferró a la "solución" OTAN como a un clavo ardiendo e hizo del entreguismo a los Estados Unidos el eje de su política, era testigo de la desintegración de su propio partido UCD ante los fracasos de su gestión gubernamental. Como consecuencia, el presidente ucedista se vio obligado a disolver el Parlamento el 27 de agosto y a convocar elecciones anticipadas para el 28 de octubre de 1982. Enfrentándose a la nueva consulta electoral, y ante el problema de la OTAN, el PSOE incluyó en su programa de campaña lo siguiente: "Desvinculación progresiva de la Alianza Atlántica. Congelación inmediata de las negociaciones y posterior convocatoria de un referendium".²⁰

Las elecciones del 28 de octubre de 1982 llevaron al poder, como se pronosticaba, a los socialistas. Aquella gran victoria por mayoría absoluta daba la oportunidad al PSOE de poder rectificar los errores y desenfocos cometidos por los centroderechistas en el planteamiento de la política exterior de España. El tiempo dirá si los socialistas podrán cumplir las promesas que hicieron durante la campaña electoral en lo relativo a los temas de la OTAN y los convenios militares con los Estados Unidos.

¹⁹ *The New York Times*, (2 septiembre 1982), p. A 5.

²⁰ *ABC Internacional*, núm. 1709 (29 sept.-5 octubre 1982), pp. 16-19.

Otra cosa será que les permitan hacerlo. Porque no se puede desconocer que los llamados "poderes fácticos" y la variopinta caterva de los nostálgicos del franquismo constituyen una amenaza constante de golpismo. Y los gobernantes centroderechistas con sus vacilaciones, transigencias y ambigüedades respecto a los golpistas, contribuyeron grandemente al mantenimiento de esa actitud intervencionista de los sempiternos espadones. He ahí uno de los más graves problemas a los que tendrían que enfrentarse los gobernantes socialistas. Hacer que prevaleciera el poder civil emanado de la voluntad libremente expresada por el pueblo español y lograr que los militares entendiesen de una vez por todas, que su misión no es pronunciarse políticamente ni gobernar, sino defender el territorio del Estado de un ataque externo.

En lo que toca a la política exterior todo estaba por hacer en la España postfranquista. No se trata solamente del problema de la OTAN y la renegociación de los convenios con los Estados Unidos. O la recuperación de Gibraltar y el ingreso en la Comunidad Económica Europea. Estaba además la intensificación de las relaciones con los pueblos del Mundo Árabe y las jóvenes naciones afroasiáticas surgidas a la vida independiente a medida que se derrumbaba el colonialismo. El franquismo y sus herederos, con su falta de imaginación no supieron fomentar adecuadamente las relaciones entre España y los pueblos que lucharon contra la dominación colonial. Por otra parte, la España postfranquista tenía ante sí el espinoso problema del reconocimiento del Estado de Israel, que la dictadura y sus inmediatos seguidores habían soslayado por deferencia al Mundo Islámico. Tarde o temprano algún gobierno español tendría que encarar ese problema, lo que posiblemente ocasionaría dificultades diplomáticas con los Estados árabes.

Pero donde se echaba más de ver el fracaso de la política exterior española durante los cuarenta años de dictadura era en las relaciones con los pueblos hermanos de Portugal e Iberoamérica. Esas relaciones estaban esperando por un nuevo comienzo que pudiera reafirmar y fortalecer la cooperación en todos los ámbitos entre pueblos hermanos por la historia, la lengua y la cultura. Existe un potencial inmenso por desarrollar para beneficio mutuo ya que el franquismo, prisionero de sus condicionamientos fascistas, no pudo ni supo impulsar la colaboración entre los pueblos iberoamericanos. El franquismo se limitó al cultivo de una retórica hueca y trasnochada propia de sus concepciones tradicionalistas y autoritarias. Sus herederos postfranquistas no fueron capaces de romper la vieja rutina. ¿Sabrían hallar los gobernantes

socialistas el buen camino de la estrecha y fraterna colaboración entre España e Iberoamérica?

Sólo el paso del tiempo podrá despejar esa incógnita. Por el momento la situación de profunda crisis en que se debate el llamado mundo occidental, en cuyo contexto se desenvuelve la España post-franquista, no propicia las rupturas innovadoras en materia de política exterior. Si a esto se une la carencia de iniciativas que campea en los aparatos del Estado, los cuales siguen desenvolviéndose bajo la influencia de los esquemas formulados por el franquismo, se podría anticipar que no se producirá un apreciable cambio de rumbo en los objetivos y en la práctica de la política exterior española, al menos a corto y a medio plazo. Esa parece la previsión más razonable que se puede hacer cuando se cumple el primer año del acceso de los socialistas al poder en España.